

DOMINIO SECTORS DE ADVERTENCIA

El presente es un libro de...

En el mundo de hoy, los que se honran con el título de cristianos...



PLATICA X.

SOBRE LA SIGNIFICACION DEL SIGNAR Y SANTIGUAR.

Congregamini populi, et vincimini, et audite universa procul terra: confortamini, et vincimini, inile consilium, et dissipabitur: loquimini verbum, et non fiet, quia nobiscum Deus.

Reunios, ó pueblos, y venid, que habeis de ser vencidos: vosotras todas, ó regiones las mas remotas de la tierra, escuchad. Armaos de corage, y seréis vencidos: haced planes y serán desbaratados. Dad órdenes y no se ejecutarán; porque Dios está con nosotros.

Isaias, cap. 8, v. IX y X.

De cuántos beneficios se privan, mis amados, los que honrándose con el noble título de cristianos, miran con indiferencia la arma mejor que tenemos para herir á nuestros enemigos; y el impenetrable escudo que podemos presentar á sus venenosos dardos! No hay, en verdad, que extrañar que muchos que pudieran cantar victoria, giman bajo el ominoso yugo de la esclavitud. Ellos se tienen la culpa.

Abandonan la prudencia, y obran neciamente. ¿Cuál, pues, ha de ser el resultado? Caer en poder de los enemigos y estar á merced de ellos. Pues, esto es cabalmente lo que sucede á aquellos malos cristianos que tienen en poco signarse y santiguarse con la debida atencion. Al espresarme así, se comprende muy bien que hablo de los que se persignan mal, sin atender á lo que dicen, ni á lo que hacen, y en este nú-

mero no están comprendidos los que ni bien ni mal se santiguan, teniendo en menos el que se les llame cristianos. Estos mismos suelen decir que eran muy niños cuando los bautizaron, y ninguna parte tuvieron en aquel acto; y por consiguiente que á nada puede obligarles lo que sus padrinos allí prometieron en nombre suyo. Para los que así piensan; mas claro; para los que tienen pesar de que los bautizaran, y cuanto está de su parte renuncian el nombre de cristiano, dicho se está, que un ministro del Evangelio no ha de ocuparse en instruirles acerca de lo que significa el signar y santiguar, y cómo han de formar las cruces. No: no es mi ánimo gastar el tiempo tan inútilmente. Además que los que se conducen del indicado modo, en vez de cristianos, deben ser tenidos por enemigos del cristianismo, y contarles entre los idólatras, turcos, judíos y hereges; y aun así se les hace favor, por cuanto los enunciados reconocen la necesidad de una religion, pero los que vemos entrar en los templos del Señor como si entraran en un teatro, ó como los cabritos en un corral, sin respeto de ninguna clase, guiados solo por fines siniestros que las mas de las veces son procedentes de una pasión impura, *de estos digo*, que hasta favor se les hace comparándoles con los judíos é idólatras, por cuanto ninguna religion tienen, y solo quieren parecerse á los demas hombres en la figura, y á los brutos en el alma.

Mi objeto, al presente, solo es, patentizar á los que hasta ahora han mirado con indiferencia estos actos del cristianismo á que se glorian pertenecer, que han obrado muy mal; y á fin de que así lo conozcan, y para en adelante se enmienden, voy á demostrar, que todos estamos obligados á signarnos y santiguarnos con devoción, fé y grande respeto. Asunto verdaderamente muy interesante, que por lo mismo reclama toda vuestra atención.

Para que os persuadais, mis amados, de la importancia de la verdad enunciada, bastará conocer, el significado uso, y frutos de la Santa Cruz. Por de pronto ella es la señal del cristiano: esto es, así como «las naciones (1), los reinos y los pueblos tienen sus señales que les distinguen: los cristianos *que en verdad* somos la nación santa *por excelencia*, el reino de Jesucristo y el pueblo de su adquisición, tenemos por distintivo la señal de la Santa Cruz. Esta es la gloriosa divisa que desde el principio del cristianismo tomaron los cristianos «*para distinguirse de las demas gentes que á Jesus no reconocian por verdadero Mesias*». ¿Y qué mejor signo

(1) Mazo cat., esp., fol. 4.

puvieran tener? Ninguno; por cuanto la cruz es figura de Cristo crucificado, que en ella nos redimió.

«Si el pueblo cristiano (1) se hubiera dirigido por la prudencia humana, no habria tomado *ciertamente* por distintivo la imagen de Jesucristo crucificado en el calvario, sino la de Jesucristo glorificado en el Tabor; pero este pueblo que nació al pie de la cruz, y que debia alimentarse de sus frutos, eligió, guiado de una providencia divina, esta misma cruz que representándole á Jesucristo clavado en ella, le está predicando siempre el amor inmenso de un Dios que muere por salvarle.» Si, católicos: la cruz nos recuerda estos grandes misterios; así lo comprendieron los primeros cristianos, y hé aquí porque «desde luego (2) tomaron por modelo aquella cruz adorable que sostuvo en el calvario pendiente de sus brazos la víctima del mundo, y á su semejanza fabricaron multitud de cruces, no solamente de madera, como lo era aquella, sino tambien de otras materias mas duraderas ó mas preciosas, esto es, de piedra, hierro, bronce, plata, oro, segun su piedad y facultades; y la colocaron en los templos, altares, casas, habitaciones y dormitorios; sobre las torres, castillos, palacios y edificios mas elevados: y en las plazas, calles, caminos y sitios mas públicos» ya para llamar la atención de los transeuntes y que vean el grande amor de Dios para con el hombre conforme á lo anunciado por Jeremias (3), cuando dijo «ó vosotros cuantos pasais por este camino, atended y considerad si hay dolor como el mio «y ya tambien para presentar á los enemigos la mejor arma y escudo ante el que les sea forzoso huir: *Ecce crucem domini, fugite partes adversæ*.» Si: Todas las clases del cristianismo (4) se adornaron con la cruz é hicieron un punto de honor y de religion llevarla consigo. Los Pontífices la pusieron sobre sus tiaras, los reyes sobre sus coronas, los obispos sobre su pecho, los hombres pendiente de sus uniformes y vestidos, y las mujeres colgada del cuello. ¡Pluguiese, al cielo que no hubiera en el dia tantos cristianos, indignos de este sagrado nombre, que se avergüenzan de la cruz de Jesucristo, ni tantas cristianas ingratas que renuncian el honor y la gloria de llevar sobre su pecho la imagen de su Redentor, colocando en su lugar signos paganos y escandalosos, *haciendo alarde de sus vicios y obscenidad!* El uso de la cruz no se ha multiplicado menos que el número de las cruces. Los sacerdotes, los obispos y los pontífices la usan continuamente en la administracion de Sacramentos, en el

(1) *Ibid.*

(2) Mazo, *ibid.*

(3) *Lament.*, cap. 1, v. XII.

(4) Mazo, *ibid.*

sacrificio de la misa y en la bendición de todas las cosas sagradas; pero el uso mas frecuente y comun á todos los cristianos es el que llamamos signar y santiguar.» Usamos de la primera manera cuando hacemos tres cruces con el dedo pulgar de la mano derecha; la primera en la frente, la segunda en la boca y la tercera en los pechos, hablando con Dios nuestro Señor y pronunciando al mismo tiempo que nos signamos las palabras que la Iglesia nuestra madre ha dispuesto al efecto.

Signase el cristiano haciendo tres cruces bien formadas de alto á bajo, y de izquierda á derecha, *lo que deberá practicarse* «con pausa y reverencia porque representan á Jesucristo crucificado; y las palabras se han de decir con claridad y devocion (1), porque con ellas pedimos á Dios que nos libre de nuestros enemigos por la cruz de Jesucristo su santísimo Hijo. Nos signamos en la frente, porque nos libre Dios de los malos pensamientos.» La frente, *católicos*, viene á ser (2) la fachada del edificio racional, en cuyo centro reside nuestra alma como en su trono. En él forma una multitud casi infinita de pensamientos, que ya se encuentran y chocan como las olas de un mar alterado, ya se suceden con rapidez como las aguas de un rio que se precipita, ó bien se fijan como una roca en medio de la corriente. Mil lenguas no bastarian para explicar la multitud de pensamientos que ocupan al hombre en cada dia de su vida. Muchos de ellos son malos, y tal vez la mayor parte, sea porque nuestra corrompida naturaleza los suscita, sea porque encontramos frecuentemente con objetos que los motivan, sea en fin, porque Satanás no se descuida en sugerirlos. Pues todos estos pensamientos malos son otras tantas tentaciones que vienen á incitarnos al pecado. ¿Y qué haremos para defendernos de tantos y tan continuos enemigos? Cubrirnos y defendernos con la señal de la cruz, signándonos en la frente.»

En la boca nos signamos, porque nos libre Dios de las malas palabras. «La lengua (3) es un pequeño, miembro de nuestro cuerpo, dice el apostol Santiago (4), pero avanza á cosas grandes. Con ella bendecimos á Dios, y maldecimos á los hombres que son imágenes de Dios. La buena lengua produce grandes bienes, pero la mala causa espantosos males. Es terrible la pintura que nos hace este Apostol de la mala lengua. Dice: que es un conjunto de iniquidad, un fuego infernal que inflama el curso de nuestra vida, un depósito de veneno que todo lo emponzoña, y un mal inquieto que á nadie deja en paz. Añade, que un caballo se sujeta con

(1) *Mazo, ibid.*
 (2) *Id., ibid.*
 (3) *Id., fol. 7.*
 (4) *Ep., cat. cap. 5.*

un freno, y los mayores navíos con un pequeño timon, pero que ningun hombre es capaz de domar y sujetar la lengua. A vista de esta pintura ¿cuánto no debemos temer el desenfreno de la lengua? Estampemos, pues, con frecuencia la señal de la cruz en la boca, para que nos libre Dios del desenfreno de la lengua.

Nos signamos en los pechos porque nos libre Dios de las malas obras y deseos. «Del corazon (1), dice Jesucristo (2), salen los malos pensamientos, los homicidios, las fornicaciones, los hurtos, los falsos testimonios, las blasfemias.... todas las cosas que manchan al hombre, haciéndole culpable; y para que Dios nos libre de ellas, nos signamos en el pecho que es como la oficina, donde el corazon las fragua.

Despues de habernos signado haciendo las tres *indicadas* cruces sobre aquellas tres partes de nuestro cuerpo, en que el alma ejerce principalmente sus operaciones, y armado con ellas para defendernos del mundo, del demonio y de la carne; nos santiguamos, haciendo desde la frente hasta los pechos, y desde el hombre izquierdo hasta el derecho, una cruz grande que las abraza á todas, y con ella como que nos acabamos de armar para hacer las peleas de nuestra salvacion bajo la proteccion de la Santísima Trinidad *Padre, Hijo y Espiritu Santo* en cuyo nombre nos santiguamos; porque santiguar no es otra cosa mas que hacer una cruz en los términos que acabais de oír. Y de esta señal deberemos usar siempre que comenzáremos alguna buena obra ó nos viéremos en alguna necesidad, tentacion ó peligro: principalmente al levantar de la cama, al salir de casa, al entrar en la iglesia, al comer y al dormir. Sí: «El cristiano (3) debe andar armado siempre con la señal de la cruz, porque camina siempre entre enemigos. El labrador, el artesano, el mercader, el letrado.... todos debemos dar principio á nuestras ocupaciones con la señal de la cruz, poniendo al frente de todas, esta cristiana divisa; pero especialmente debemos usar de *ella*, al levantar de la cama, para dar principio con ella á las obras del nuevo dia; al salir de casa, para andar defendidos con ella entre los peligros del mundo; al entrar en la iglesia, para prepararnos con ella á los actos de religion; al comer, para que por ella nos conceda el Señor templanza en la comida y la bebida; y al dormir, para descansar á la sombra de este prodigioso árbol y pasar la noche bajo de su celestial y saludable influjo.» Ni os estrañeis, mis amados, de que se nos encargue, que tantas veces

(1) *Id.*
 (2) *Mat. 15. 19.*
 (3) *Maz., fol. 8.*

usemos de la cruz. Nuestros enemigos nunca duermen, nunca se cansan, y en todo tiempo y lugar nos combaten y persiguen: en el día y en la noche, en la compañía y en la soledad, en casa y en la calle, y aun en el mismo templo, porque nada respetan; nos tientan para perdernos. ¿Qué mucho, pues, que usemos tantas veces de esta santa señal? Si los enemigos de nuestra alma que son el demonio, el mundo y la carne nos concedieran algunas treguas, podríamos estrañar que tan encarecidamente se nos encargara estar siempre vigilantes; pero constándonos como por una fatal esperiencia nos consta que siempre andan como leon rugiente buscando á quien devorar ¿será justo, será prudente dejarnos sorprender desarmados? Ni hay que dudar, oyentes, de las verdades que os anuncio. El demonio solo deja de perseguir á los que están ya en pecado mortal; la carne á los que tiene ya por esclavos; y el mundo á sus ciegos adoradores: pero mientras en gracia de Dios estemos, los tres enemigos de consuno nos perseguirán, como tambien nosotros conseguiremos victoria sobre los tres, marchando rectamente por la senda que conduce al cielo; y hé aquí la razon porque necesitamos estar siempre armados y adornados con la santa cruz.

El demonio, ya sabeis que, es aquél ángel soberbio que por haberse rebelado contra Dios en el cielo, fué arrojado de él con una multitud de ángeles que le acompañaron en su rebelion. Todos estos ángeles rebeldes, que llamamos tambien demonios, y que están condenados á padecer eternos tormentos, desesperados al ver que nosotros podemos gozar de la bienaventuranza, que ellos por su culpa perdieron, llenos de infernal envidia, se han declarado enemigos nuestros implacables y no omiten medio para hacernos caer en el pecado á fin de que seamos infelices como ellos por toda una eternidad. El Señor permite que nos tienten, pero á la vez nos facilita medios para vencer, y uno de los mas poderosos es la santa cruz. Todos los ángeles malos están comprendidos en el enemigo primero, ó lo que es lo mismo, cuando decimos que el *primer* enemigo del alma es el demonio, no queremos espresar solo á Lucifer, sino á él con todos los demas ángeles malos. Lo mismo hay que advertir proporcionalmente cuando se dice que el mundo es el segundo enemigo: esta palabra no es estensiva á este globo que nos sostiene, ni á esos cielos que nos cubren, sino solo á los hombres mundanos que nos rodean. La sociedad como todos observamos se compone de hombres buenos y de hombres malos (1); de hombres que sostienen con su ajustada conducta las buenas costumbres, y de hombres que las corrompen con su conducta relajada;

(1) Maz., fol. 10.

de hombres que edifican con sus virtudes y de hombres que destruyen con sus vicios; en una palabra, se compone de hombres que guardan la ley de Dios y forman el número de los buenos, y de hombres que la quebrantan, y forman el de los malos. Pues esta segunda clase, que con sus malos ejemplos enseña y provoca á pecar á la primera, es el que *rigurosamente se llama segundo* enemigo del alma; y la carne es el *tercero*, no precisamente esta que llamamos cuerpo humano, sino sus pasiones y apetitos desordenados.

Criado el hombre en el orden mas perfecto, perdió por el pecado original este maravilloso orden... El cuerpo desconoció el dominio del alma, la carne resistió al espíritu, las pasiones á la razon, y los apetitos á la voluntad. Pues este cuerpo, esta carne rebelde á la que llama san Pablo (1) aguijon de Satanás, esta voluntad indócil, esta razon soberbia, esta imaginacion inquieta, estas pasiones desordenadas, estos apetitos antojadizos é impetuóses, forman, *repito*, este terrible enemigo del alma. Empero contra este, lo mismo que contra todos los demas enemigos tiene una virtud poderosísima la santa cruz, procedente de Cristo, Señor nuestro, quien en ella con su muerte, á todos ellos venció. Conoced ya, mis amados, cuán preciosa es nuestra arma, y demosla la estimacion que se merece. Qué vengan, que vengan, nuestros enemigos llenos de coraje á acometernos, ellos serán los vencidos; porque Dios está con nosotros: *congregamini, confortamini, et vincimini quia noviscum Deus*. Sí, cristianos: escudados con la santa cruz, bien podemos decir con el profeta Rey (2). «Tú eres, Señor, mi antorcha, y tú alumbrarás, Señor, mis tinieblas. Contigo correré armado á *destronar al enemigo*, yendo con mi Dios no habrá muro que yo no salte.» No: no habrá ciertamente que desconfiar de la victoria, toda vez que seamos verdaderos amantes de la santa cruz. Cuantas persecuciones, cuantos trabajos vinieren sobre nosotros no darán mas resultado, que acrecentar nuestro mérito para con Dios, como acrecentó el suyo con su paciencia el precursor del Mesias Nuestro Redentor, como nos refiere el Evangelio (*aquí si el orador gusta podrá hacer mencion del que precede á esta plática; y sino continuar*), pues, á pesar de verse encarcelado, y en la oscuridad de un hediondo calabozo, cargado de cadenas, esperando la muerte, no desmaya su fé; por el contrario, lleno de celo y amor hácia el divino Salvador mandó á dos de sus discípulos, para que estos al ver las maravillas que el Señor obraba, le reconocieran por el Cordero

(1) II Cor. 12, 7.

(2) II Reg., cap. 22, v. XXIX y siguientes.

inmaculado que venia á quitar los pecados del mundo. Signémonos , pues, y santiguémonos nosotros en todas nuestras tribulaciones, recordando que la santa cruz tiene virtud poderosa porque Jesucristo en ella nos redimió. Si así obrásemos, experimentaríamos infaliblemente lo que dice el Espíritu Santo en los Proverbios (1) con la paciencia daríamos á conocer que nuestra doctrina es divina , y tendríamos la dulce satisfaccion de no hacer caso de las injurias. Veríamos por nosotros mismos que es mucho mas placentero ser humillado con los mansos (2) ó modestos , que repartir despojos con los soberbios. El sufrido se gobierna *siempre* (3) con suma prudencia , mientras que el impaciente pone de manifiesto su necesidad ; *demonstrando de este modo que mejor es el varon sufrido (4) que el que se tiene por valiente ; y quien domina sus pasiones , es mucho mas laudable que un conquistador de ciudades.* » «No seamos, pues, mis amados, rebeldes (nos dice el Eclesiástico) (5) ó rehusemos fiarnos y entregarnos completamente al temor del Señor ; ni acudamos á él con el corazon doble. No seamos hipócritas delante de los hombres, ni ocasionemos con nuestros lábios nuestra propia ruina. Porque sabido es que «el corazon duro (6) lo pasará mal al fin de la vida; y quien ama el peligro perecerá en él; el corazon que sigue dos caminos , no tendrá buen suceso , y el hombre de corazon depravado hallará en ellos su ruina. ¡Ay del que es de corazon doble dice el Señor (7) y de lábios malvados, y de manos facinerosas, y del pecador que anda sobre la tierra por dos senderos, esto es, que quiere servir á dos señores á un tiempo ! ; Ay de los hombres (8) de corazon flojo y tibio que no confían en Dios *ni se humillan delante de él!* que por lo mismo no serán del Señor protegidos.» Pero sí nos protegerá, amparará y defenderá si firmes en la fé que profesamos en el bautismo, peleamos varonilmente contra nuestros enemigos armados y escudados con la santa cruz en los términos que ya os he dicho.

Sí, cristianos : justificados por la fé , mantengamos la paz con Dios, mediante nuestro Señor Jesucristo , como nos encarga san Pablo (9) , y así podremos hacernos dignos de las promesas que el Espíritu Santo hace á la Iglesia cuando dice (10) ; «Al que venciere , le daré yo á comer

(1) Cap. 19, v. XI.

(2) *Ibid.*, cap. 16, v. XIX.

(3) *Ibid.*, cap. 14, v. XXIX.

(4) *Ibid.* v. XXXII.

(5) *Ecco.*, cap. 1, vv. XXXIV y XXXVII.

(6) *Ibid.* 3, v. XXII y XXVIII.

(7) *Ibid.* cap. 2, v. XIV.

(8) V. XV.

(9) *Ep. á los Rom.*, cap. 5, v. I.

(10) *Apoc.*, cap. 3, v. XVII.

un maná recóndito : y le daré una piedrecita blanca *en señal de la victoria*, y en la piedrecita esculpido un nombre nuevo , que nadie le sabe sino aquel que le recibe.» ¿Comprendeis , cristianos , comprendeis bien esta oferta que el Señor nos hace? Pues en ella está simbolizada la vida eterna con todas sus dulzuras , y todo emana de la cruz santa. « ¡ Cuán amable nos debe ser este sagrado árbol (1), que sostuvo pendiente de sus brazos el precio del mundo! Gloriémonos, cristianos, en la cruz de Nuestro Señor Jesucristo, y *signémonos y santiguémonos con devocion y ternura*. Abracemos, besemos, todos los días de nuestra vida , esta cruz adorable, que será aplicada á nuestros cárdenos lábios en la hora de nuestra muerte. Hagámonos acreedores por nuestro entrañable amor á la cruz, á que él soberano Juez, que espiró en ella, nos mire como hijos de su cruz, nos juzgue como redimidos en su cruz , y nos conceda por su santísima cruz la entrada en su eterna gloria.» Amen.

(1) *Mat.*, fol. 12.

